



En 1925, el Subinspector Farmacéutico de 1.ª J. Ezquerro del Bayo, solicita a los compañeros farmacéuticos que aporten los fondos que hayan sido dados de baja en sus respectivas unidades para la creación de un espacio que sirva para dar a conocer la labor científica que la farmacia militar había estado haciendo durante años y que la población general desconocía, siendo esta colección el germen del Museo de Farmacia Militar.

Panel al inicio de la visita que resalta la comunión entre la carrera militar de los farmacéuticos castrenses y su labor científico-sanitaria, representada a través de la bata blanca, asociada a la ciencia y la sanidad; vitrina con la evolución de sus uniformes, del primero (1796) al actual, ambos en primer término; título de boticario real a favor de Jaime Pascual (1475), que documenta la existencia de la profesión farmacéutica al servicio de los ejércitos españoles y colección de cerámica farmacéutica original (s. XVII y XVIII).

ENTRE ALAMBIQUES Y MORTEROS

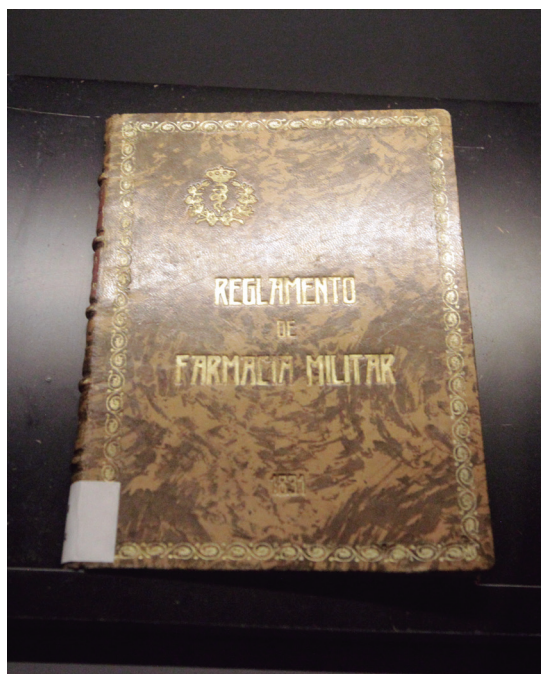
El Museo de Farmacia Militar ofrece un recorrido por la historia y el legado de esta ciencia a través de sus instrumentos y protagonistas

PRÓXIMA a cumplir su primer centenario —efeméride que llegará en 2028—, la Colección Museográfica de Farmacia Militar propone un viaje a través de más de cinco siglos de historia que esboza la labor y los hitos más destacados de la botica de la milicia española.

Desde 2015, comparte edificio con las dependencias destinadas al mando del Centro Militar de Farmacia de la Defensa, en la Base Logística *San Pedro*, situada en la localidad madrileña de Colmenar Viejo, a 34 kilómetros de la capital.

Esta es su segunda casa. La primera estuvo en el complejo que, a principios del siglo XX, el Ejército levantó en la calle Embajadores de Madrid, entonces a las afueras de la ciudad. Formó parte de tales instalaciones desde sus inicios. Vínculo que se repite en su actual ubicación y convierte a esta colección en «única entre los museos dedicados a la historia de la Farmacia Militar», explica su director, el teniente coronel Santos Muñoz; también, uno de los padres del actual discurso museográfico y cicerone de visitantes.

Otro rasgo singular de dicha institución es que «se centra, de manera exclusiva, en la evolución del proceso



Primer Reglamento de Farmacia Militar, que data de 1831 y comienza a dar identidad propia a este servicio.

de industrialización del medicamento», explica Muñoz. «Por lo general, las colecciones sobre el desarrollo farmacéutico se muestran en museos de Sanidad, como una rama más de las Ciencias de la Salud», añade.

Al encontrarse en una base operativa, las visitas son guiadas y previa petición (91 628 54 36/21/18; museofarmacia@mde.es).

Esta es una de las razones por las que recibe la denominación de «colección museográfica», aunque sus fondos y discurso expositivo son propios de un museo, calificación que recibió cuando se fundó.

Como guía, el director inicia las visitas ante una particular vidriera con el escudo de los farmacéuticos militares, sin corona y fabricada para el edificio principal del laboratorio de la calle Embajadores en los talleres de Casa Maujean (Francia, 1860), con sede en Madrid desde 1898 y que trabajó para Alfonso XII. Con ella, se busca subrayar la citada conexión entre la Farmacia Militar y su museo.

«EL OJO DEL BOTICARIO»

A continuación, guían al visitante hasta la entrada de la colección, a unos pocos pasos, fotos en blanco y negro, y dos miniaturas de farmacias antiguas, una de las cuales recrea la del Hospital Tavera (Toledo) en el siglo XVI, con su «ojo del boticario», mueble para guardar la mercancía más valiosa.

La primera imagen del itinerario propiamente dicho, diseñado en doce salas, muestra a farmacéuticos militares trabajando en el laboratorio del actual Hospital Central de la Defensa Gómez Ulla, con su uniforme y su bata blanca, uniendo milicia, ciencia y servicio sanitario.

LOS PROTAGONISTAS

Tras ella y a modo de introducción, la Sala I presenta al «farmacéutico de uniforme». Exhibe sus uniformidades, desde la primera, concedida por Carlos IV (1796), hasta la actual; rodeadas de varios retratos y objetos personales de algunos de sus representantes más ilustres, como J. Úbeda y Correal, J. Rodríguez Carracido y Ricardo García.

A ellos se unen, entre otros, J. Ezquerro del Bayo y R. Roldán, figuras vitales en la creación del museo. También se rinde un homenaje a sus caídos.

Comienza, ahora sí, el viaje por los más de cinco siglos de historia de la Farmacia Militar española, un recorrido entre alambiques, albarelos, plantas, minerales, principios activos, laboratorios, medicamentos, hallazgos revolucionarios... y sus principales hitos.

La Colección Museográfica de Farmacia Militar es única entre los museos castrenses dedicados a esta Ciencia de la Salud

El primero de ellos está representado por el título de «Boticario del Rey» expedido a favor de Jaime Pascual en 1475, en época de los Reyes Católicos, y da fe de que ya había profesionales farmacéuticos al servicio del rey, quienes

también atendían a sus ejércitos. Además, Isabel I promovió el primer hospital de campaña de la historia.

DOCUMENTOS BÁSICOS

Frente al título de Pascual, se exhibe el primer Reglamento de Farmacia Militar (1831), impulsado por el también Boticario Mayor Agustín J. de Mestre.

«Los dos son esenciales: el primero constata que existe la profesión con los Reyes Católicos y el segundo da una identidad propia al especialista de los ejércitos», resalta Muñoz.

Con ellos, unos albarelos de *El Escorial* sirven para evocar que los boticarios más reputados de Europa trabajaron para Felipe II (1527-1598).

Todo, antes de pasar a la sala dedicada al siglo XVII y a la yatroquímica: la mayor aportación a las Ciencias de la



Vista parcial de la sala *Farmacognosia*, con muebles hechos para la Exposición Iberoamericana de Sevilla (1929) que hoy exhiben plantas medicinales, una pequeña muestra de animales y una colección de minerales; centrífuga de agua (s. XIX), pieza destacada de la colección, y maletín con principios activos sintetizados del siglo XIX.



Fotos del Laboratorio Central que estuvo en la calle Amaniell de Madrid (1885-1927), donde trabajó el ilustre Úbeda y Correal (en la imagen de la izquierda) y máquinas empleadas en él, colección de morteros y botiquín de campaña de Manila, otra joya del museo.



Salud del alquimista, médico e investigador suizo Paracelso (1493-1541), que, en esencia, introdujo los medicamentos de origen mineral y el uso de la dosis en la Medicina y la Farmacia.

EL LABORATORIO YATROQUÍMICO

Primero, la nueva corriente se extendió por el norte y centro de Europa. A España llegó en 1695 de la mano del afamado maestro Vito Cataldo y el Laboratorio Yatroquímico, instalado en la Casa del Tesoro, junto a la Real Botica y el Alcázar de Madrid, cerca del enfer-

mizo Carlos II, quien fue tratado con la novedosa pero reputada ciencia.

Del emblemático espacio, la sede de Embajadores exhibía una detallada recreación; en ella, se rodó el vídeo que hoy explica dicha etapa en Colmenar.

«Se puede ver a Cataldo señalizando un recipiente de mercurio, remedio contra la sífilis en los siglos siguientes», comentó Muñoz antes de pasar a la primera sala sobre el siglo XVIII.

Aquí, una bella colección de albarelos y orzas originales, la mayoría con escudos de austrias y borbones, atrapan la

atención de las visitas. También se exhibe un dorador de píldoras, para hacer «más apetecible» los medicamentos, y es protagonista la farmacia de hospital, que pasa a depender de la Real Hacienda.

Con la imagen de la botica de la fórmula magistral, artesana, en la retina, el visitante pasa a su industrialización.

El museo recrea el Laboratorio Central de la calle Amaniell (Madrid), donde brilló el ya citado Úbeda y Correal.

Esta es una etapa de progreso constante. Así, por primera vez, se sintetizan los principios activos —de los que se



Farmacia Militar

muestran varios ejemplos— y la producción de medicamentos se incrementa de forma exponencial, pudiendo llegar a más personas. «Podríamos decir que la Farmacia se democratiza», apunta el director de la colección museográfica.

El cambio, liderado por Europa Central, llegó a España después, y primero hubo de superar las reticencias de la botica apegada a la fórmula magistral.

En este contexto de avances, Pasteur (Francia), Koch (Alemania) y Lister (Reino Unido) —cada uno en su especialidad— hallaron el origen de las infecciones: esos patógenos que sesgaban vidas pero de los que nada se sabía.

«Sus descubrimientos supusieron un salto cualitativo porque la curación ya se pudo centrar en la causa de la enfermedad, no solo limitarse a paliar los efectos», añade Muñoz.

El recorrido llega en este punto a la sala *Farmacognostia*. Aquí se exhiben plantas medicinales, como la quina y las hoy tan apreciadas cúrcuma y jengibre; una muestra de animales: entre ellos, las

Vista parcial de la sala *La farmacia de campaña* en la que se expone, entre otros objetos, instrumental básico para comprobar la potabilidad del agua y material de cura; debajo, imagen del vídeo que evoca al maestro Cataldo trabajando en el Laboratorio de Yatroquímica.

Se muestran alambiques, morteros, balanzas de precisión y un sinfín de instrumentos y productos usados para fabricar medicamentos

cantáridas, de las que obtiene un anti-guo afrodisíaco; y un ejemplar del herbario de Pío Font i Quer, botánico de renombre e ilustre farmacéutico militar.

El espacio siguiente recrea una farmacia de campaña que muestra un botiquín de Manila del XIX con su nutrida selección de medicinas, entre ellas, varias autóctonas, «porque los farmacéuticos usaban los medios a su alcance, lo que, además, generaba un interesante y productivo sincretismo», valoró Muñoz.

El director del museo resaltó, asimismo, la centrífuga para análisis de agua de principios del s. XX y el material de cura, considerado «estratégico» en la I Guerra Mundial porque su uso ayudaba

a paliar las bajas. Durante la segunda, lo fue el vidrio, imprescindible para aplicar la eficaz y salvavidas penicilina.

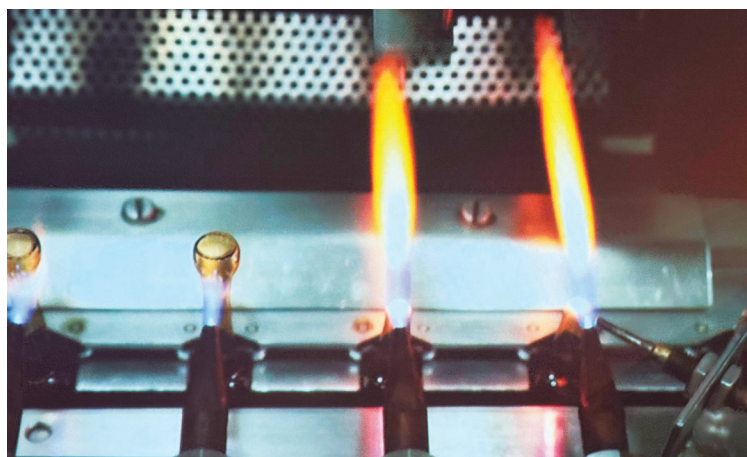
En los años 40, el ya apuntado Laboratorio Central de Embajadores llevaba dos décadas a pleno rendimiento. El discurso museográfico lo recrea a través de una combinación de fotos antiguas, máquinas de la época y medicamentos fabricados en el propio complejo. Además, con sumo detalle, presenta el *Laboratorio de análisis de la Academia de Farmacia Militar* (años 50-80), donde sobresale su colección de balanzas de precisión.

Con la década de los 80 llegó la «especialización» a la Farmacia y, por ende, al centro docente y a sus laboratorios, que

—como enseña el recorrido— fueron dotados con recursos más avanzados para el análisis de drogas, parámetros ligados a la calidad del medicamento, etc.

Este es el último paso antes de entrar en el siglo XXI, parada final del recorrido que presenta la *Farmacia Militar hoy*. Aquí se exhibe una maqueta de su actual emplazamiento, un recuerdo a su Premio *Extraordinario de Defensa*, logrado en el año de la pandemia; algunos antídotos vitales en caso de, por ejemplo, una fuga radioactiva, y un vídeo que muestra el nivel de tecnificación de los farmacéuticos de Defensa actuales, tan a la vanguardia como sus predecesores.

Esther P. Martínez/Fotos: Hélène Gicquel



Farmacia Militar



Muestra de cómo se llenan y sellan hoy las ampollas de vidrio en las instalaciones del Centro Militar de Farmacia de la Defensa, de manera totalmente aséptica y automatizada; vitrina dedicada al Taller de vidrio del complejo de la calle Embajadores y busto de Agustín José de Mestre, boticario real e impulsor del primer reglamento de Farmacia Militar, que fue publicado en 1831.